

KB-(3)
(21)
BAUc

FRANCISCO BAUZÁ

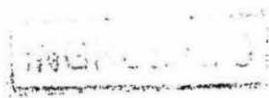
PROPIEDAD
DE LA

242434

ESTUDIOS LITERARIOS

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1953



JUAN CARLOS GOMEZ

Está por aclararse todavía, si el romanticismo ha producido más bienes que males a la sociedad. Pues si considerado como doctrina literaria, puede reputársele a buen título una emancipación; examinado en sus tendencias políticas y filosóficas, es uno de los más deplorables devaneos del espíritu humano. Para penetrarse bien de esta verdad, corresponde averiguar cual sea el valor técnico de las palabras "clasicismo" y "romanticismo".

Por *clasicismo* se entiende, no las literaturas griega y romana propiamente dichas, sino la imitación servil de esas literaturas; mientras que el *romanticismo* implica, la reacción contra los clásicos y sus imitadores. De modo que una y otra escuela son dos exageraciones: la primera, pugnando por volver a todo trance al pasado y estacionarse definitivamente en él; y la segunda, afanosa en repudiarlo, buscando nuevas fuentes de inspiración. ¿Quién aborrecería por el criterio de dos hombres, el uno empeñado en detener el tiempo, el otro batallando por desentenderse de él? Pues esta es la actitud de las dos escuelas rivales, en sus propósitos respectivos. Y si se avanza de los propósitos a los resultados, más

evidente se hace la exactitud de la comparación. Con decir que el clasicismo ha llevado el mundo al paganismo, y que el romanticismo le ha traído al socialismo, ya se comprueba el empuje del uno hacia atrás, y el desenfreno del otro hacia adelante.

Pero el romanticismo tiene todavía sobre el clasicismo, la triste ventaja de que todo lo ve negro. La fe, el amor, la amistad, son para él una mentira. No reconoce goces, fuera del sufrimiento. El genio, que hasta para los médicos materialistas es el resultado de un equilibrio casi perfecto de todas las facultades, para los románticos es una enfermedad incurable. El talento es otra enfermedad, aunque de índole menos rebelde. No existe el desinterés: la abnegación es una fábula. Para el romántico puro, ha de mirarse en el sol, antes que la luz, las manchas; y en el firmamento, antes que el diáfano azul, una dilución previa de abigarrados colores que sólo se oculta a los impotentes por atrofia orgánica. En resumen: el estrabismo, la dispepsia, los sacudimientos nerviosos, el mal humor y el olvido de la higiene más rudimentaria, constituyen el ideal teórico de la escuela. Otra cosa es en la práctica, como lo veremos.

La sociedad uruguaya imitadora de la Europa, se decidió por el romanticismo apenas pudo hacerlo. Desde entonces —y esto era hacia el año de 1840— toda persona capaz de cultivar las letras, debió forzosamente hacerlo en tono triste, bajo pretexto de confidencia y con ánimo de desahogar penas recónditas. La poesía, la oratoria y el romance se inficionaron de tristeza; y por lo tanto la melancolía que había sido una moda, fué haciéndose poco a poco una necesidad, porque no era bien nacido, ni inteligente, ni culto, aquél que no fuese melancólico. Bajo

la presión de tales ideas, y admitido que el talento era naturalmente triste y el genio una enfermedad mortal, enfermaron o afectaron enfermarse muchos hombres políticos, para lograr por las apariencias mórbidas, lo que no les era dable conquistar poseyendo una salud a prueba de desengaños.

Con esto, el romanticismo se elevó de entretenimiento literario a doctrina política, y así permaneció en estado de incubación hasta que la paz de 1851 le trajo al gobierno. Entonces se vieron cosas muy raras. Los poetas sentimentales, los escritores de novelas fúnebres, los aspirantes a suicidas, los que miraban la salud como una peste y la riqueza como una maldición; los que reputaban la alegría dote de zafios y la elegancia privilegio de perdularios; todas esas gentes, en fin, que habían escrito y disertado tan primorosamente para convencer a la humanidad que su estado normal debía ser la hipocondría y el desaseo, escalaron repentinamente los puestos públicos y se presentaron en ellos sahumados y alegres, lucios y bien mantenidos, con el agregado de una tendencia a perpetuarse en el manejo de los negocios políticos, que ya pasaba de broma.

Para que la subversión revistiera su más amplio carácter, cambiaron el valor corriente de las palabras, pretendiendo dar significado convencional a ciertas reterencias y giros con que huían las dificultades. La metáfora jugaba un papel importante en la distribución metódica de esas grandes frases; y a ello debieron su predicamento el bastón de Tarquino para significar toda pacificación impuesta, y el lecho de Procusto para determinar toda igualdad forzada. Mano ciclópea de la industria, se llamó el progreso industrial; y sacerdocio político a la faena de los redactores

de diarios. Al lado de estos términos de color subido y que eran como los fuegos artificiales de la gran dialéctica, empleaban otros más vulgares, pero no menos enigmáticos. Decían *tiempo al tiempo*, cuando se les echaba en rostro su inutilidad; o *hemos de ver nos las caras* cuando sufrían alguna derrota. Llamaban *solemne* a toda situación que les contara en sus filas; *decorosa* a toda medida buena o trivial en que hubieran intervenido. Las frases "noble actitud", "solución de principios", "defensa de los intereses más caros", las empleaba todo el mundo a propósito de cualquier cosa. La irrupción de melancolía que inundara anteriormente el lenguaje literario, fué desalojada y barrida por esta irrupción de solemnidad.

Entre los corifeos más sonados de la escuela, brilló desde luego don Juan Carlos Gómez; talento elegante y paradójico, naturalmente inclinado a la anarquía. Ninguno más hábil que él, para escribir un artículo apasionado o para improvisar un discurso fogoso; pero ninguno menos apto tampoco para sostener una situación o disciplinar un partido. Se había hecho hombre en Chile, a donde emigró muy joven para no tomar parte en la contienda contra Oribe y Rosas, y de allí volvió al país luego de ajustarse la paz de 1851.

Venía lleno de sí mismo, engreído, enamorado de su persona. Las atenciones de que había sido objeto entre los chilenos, que a título de extranjero no tenían razón de temerle ni objeto en deprimirle, le habían cegado a punto de creerse superior a sus compatriotas y dueño de recursos desconocidos para ellos. El desdén con que se nos ha tratado siempre en el exterior, gracias a nuestra indiferencia incurable por la opinión ajena, le había contaminado, formando

en él una profunda convicción de lo poco que valíamos; convicción que no le abandonó ni en los últimos momentos de su vida. Desconocía por completo la historia nacional, y nunca pudo formarse un criterio exacto de los motivos que determinaron nuestra independencia, ni de los inconvenientes que hacen tan penoso nuestro tránsito de la esclavitud al ejercicio del gobierno propio. Con tales ideas, se presentó en el escenario político, no como quien viene a merecer, sino como quien entra a mandar por derecho adquirido; y su primer paso fué dar calor a la idea de la formación de un nuevo partido; porque ni le gustaban los existentes, ni podía lisonjearse de gobernarlos, pues carecía de servicios para ello.

Por una aberración de las que eran tan comunes en sus procederés públicos, al nuevo partido, revolucionario hasta la médula de los huesos, le llamó *conservador*. Una vez constituido, empezó ese grupo político a derribar gobiernos; primeramente cada año, después cada seis meses, después cada tres, después cada semana. La extraña nomenclatura institucional que todavía nos sorprende hoy, "triunvirato", "gobierno provisorio", "asamblea doble"; fué puesta en circulación entonces para caracterizar las evoluciones de la anarquía. En estos dares y tomares, don Juan Carlos Gómez fué diputado y ministro; después se apartó de la política activa residiendo por algún tiempo en Buenos Aires, más tarde vino de nuevo al país incorporándose al periodismo en la lucha electoral iniciada bajo el gobierno de Pereyra, hasta que desterrado por éste, volvió a la opuesta orilla, instalándose allí definitivamente.

Establecido en Buenos Aires, distrajo los ocios que le dejaba su bufete en tratar por la prensa te-

mas políticos. También cultivó la poesía, mostrando en ello dotes muy felices, aunque no originalidad; pues muchas de sus composiciones se resienten de una marcada imitación de los modernos líricos franceses. Lo que le caracterizaba como poeta era la ternura, y como versificador la melodía de la estrofa. Descuellan entre sus producciones, un romance titulado *Ida y Vuelta*, cuya delicadeza es irreprochable; un canto a la *Libertad*, que vale más por su energía que por su mérito poético, y uno a la *Poesía*, escrito en forma de miniatura. Aunque no está mal que el poeta hable de sí mismo, Gómez abusaba de este recurso, narrando en todos los tonos su destierro, sus dolores y sus pérdidas esperanzas.

Como periodista procedía de otro modo. Entonces no se quejaba, sino que increpaba y maldecía; ofreciendo singular contraste la vehemencia de sus artículos, con los ayes quejumbrosos de su estro poético. El continuado debate que sostuvo en la prensa argentina, casi solo contra todos y arriesgando la vida, perfeccionó su estilo de tal modo, dió tal concisión a su frase, una precisión tan exacta a sus determinaciones, un corte tan elegante y una contundencia tan terrible a su modo de exponer; que llegó a hacerle el primer periodista del Plata, por común asenso de amigos y adversarios. Era implacable en la polémica, hasta desesperar a sus contendores por lo atinado de los golpes; y es fama que cuando Urquiza guerrea-
ba contra Buenos Aires, se sintió tan hondamente herido por uno de sus artículos, que estrujando el diario entre las manos, prometió colgar a Gómez en cuanto tomase la ciudad. Afortunadamente para el aludido, la ciudad resistió y triunfó.

Los tiempos cambiaron con ese motivo, y de ahí a pocos años, el partido unitario de Buenos Aires coronó sus victorias reorganizando la nacionalidad, bajo el influjo de sus hombres. Triunfante la influencia porteña en la Confederación Argentina, Gómez pretendió llevar a efecto la idea por excelencia *rosista*, de incorporar este país a aquél. Para lograrlo y por vía de preparación auspiciosa, empezó a escribir denigrándonos con igual ferocidad a la que empleó el tirano Rosas en su diabólica táctica. Desde Artigas hasta Flores, todos los prohombres uruguayos fueron presentados a la opinión argentina como gauchos rebeldes, cínicamente ambiciosos y profundamente inmorales. La generación actual, era para él una generación cobarde y servil; y sus hombres espectables, políticos *lame-platos* vendidos al oro brasileño. No había en este país, a quien él llamaba *perdido* no sabemos por qué, otro hombre honesto, intachable, probo, patriota, que don Juan Carlos Gómez; y lo decía y lo juraba con la mayor seriedad; y escribía en sus artículos frases tan jactanciosas como esta: *en diez años he hecho más que Sieyes, — he sufrido*; y tan vacías como esta otra: *yo soy una idea que avanza en triunfo al capitolio de la libertad!* Con tal autobiografía, y la panacea de la *anexión* se despachaba a su gusto.

Ya que hemos de examinar a fondo algunas de las causales expuestas por nuestro romántico compatriota en abono de sus estrafalarias doctrinas, hagamos una reflexión preliminar. El problema de la independencia de las naciones, será siempre un tópico de discusión interesante, para los pensadores y para los hombres políticos. En los pueblos sudamericanos, sobre todo, donde el criterio público no aparece defi-

nitivamente formado respecto a las bases fundamentales de organización y de sistema, esa discusión reviste todavía caracteres de interés mayor, en cuanto determina las opiniones de personajes espectables y perfila las aspiraciones más o menos acentuadas de las multitudes. Hay pues legítima cabida para todos, en un debate de este género.

En lo que toca al Uruguay, empero, la controversia sobre su independencia, —hecho fatal que se ha realizado en el tiempo y en el espacio, elevándose a la categoría de una ley histórica e influyendo en la vida, forma y organización de cinco naciones— no puede presentar ningún peligro. Cuando menos, ella concurrirá a fijar una base para todas las opiniones vacilantes, esclareciendo puntos oscuros. Cuando más, ella confirmará el fallo providencial que preside a la emersión de las nacionalidades, haciendo ver que no nacen al acaso los pueblos, ni caminan sin rumbo en la prosecución de su vida azarosa, ni derraman su sangre y gastan sus caudales por el prurito de ostentar una fiebre de combate que repugna al egoísmo innato en el hombre.

La República del Uruguay es independiente, por el esfuerzo de sus hijos y contra la voluntad de sus dominadores intrusos. San José y Las Piedras demostraron que no queríamos ser españoles; Guayabos y Cagancha que no queríamos ser argentinos, Haedo y Sarandí que no queríamos ser brasileños. Las combinaciones diplomáticas y aún las vistas particulares de propios y extraños, se estrellaron durante todo el largo periodo de la lucha por la independencia, contra estas determinaciones airadas de la voluntad nacional, triunfando por último el pueblo, que era quien

había preparado, proseguido y alcanzado la conquista de su emancipación política.

A pesar de tan claros e irrefutables testimonios, don Juan Carlos Gómez, escribía con aquel tono solemne y sentencioso de su escuela: "He afirmado que la nacionalidad nos fué impuesta por una presión de fuerza y de fraude. Que el Estado Oriental no la creó ni la aceptó por acto propio de soberanía, o de propia voluntad. Que falta el *consentimiento oriental* a la nacionalidad impuesta por Pedro I y Manuel Dorrego. Y he apelado al fallo del mismo Estado Oriental libremente expresado. Se me ha contestado con el *quien calla otorga*, singular forma de manifestarse la soberanía, para esos políticos de tres al cuarto, patriotas lame-platos que proveen a los tiranuelos de teorías y doctrinas, como los tinterillos proveían a los caudillos que no sabían leer, de retórica para las proclamas y los oficios. *Quien calla otorga*, quiere decir, en el idioma de la moral, el silencio del miedo justifica la tiranía, la impunidad glorifica el crimen, el pavor de la víctima es la apoteosis del verdugo. Por eso el honrado y sabio legislador de las Partidas exclamó indignado: "mentira! quien calla no otorga, sino que sufre y devora sus lágrimas de indignación y de cólera".

¡Ya escampa y llovían necedades! — A menos de no pertenecer por completo al *género simple*, es imposible afirmar que un hombre de estado tan eminente como don Pedro I, y un político tan avisado como don Manuel Dorrego, nos *impusieran* la independencia, traicionando los intereses de sus países respectivos, esterilizando sus sacrificios, y creándose un obstáculo en la frontera, por el gusto de alardear generosidades que no han entrado jamás como dato en los cálculos

de los hombres destinados a influir sobre el futuro de un pueblo. Basta conocer por lo que respecta al Brasil, la política de la casa de Braganza, para hacerse cargo que una dinastía que estuvo a punto de hacer fracasar el tratado de Utrech al sólo objeto de quedarse con la Colonia del Sacramento; que más tarde encendió la guerra con España para posesionarse de Montevideo, Maldonado y las Misiones; que después hizo entrar un ejército a nuestro territorio, bajo D. Juan VI, para oponerse a los progresos de Artigas; que bajo D. Pedro I envió 14.000 soldados con el barón de la Laguna para conquistarnos y gobernarnos, y que desde el año 1825 al 1829 costeó y mantuvo 20.000 soldados sobre el suelo uruguayo, grandes flotas navales en nuestros ríos, y agotó sus tesoros para conservar el dominio de la tierra; basta conocer todo esto, para hacerse cargo de que nunca pasó por la mente de los hombres políticos portugueses y brasileños, desprenderse de este país.

Y tan cierto es ello, que en el año de 1830, ya independiente el Uruguay, tentó todavía el gabinete brasileño una negociación en Europa para incorporar-nos al Imperio, monarquizando de paso a toda la América del Sur; y en las instrucciones secretas, que el ministro Calmon du Pin e Almeida envió al marqués de Sancto Amaro en 21 de abril para interesar a la Francia y a la Inglaterra en su propósito, decía lo siguiente: "En cuanto al nuevo Estado Oriental o Provincia Cisplatina, que no hace parte del territorio argentino, que ya estuvo incorporado al Brasil y que *no puede existir independiente de otro Estado*, V. E. tratará oportunamente y con franqueza de la necesidad de incorporarlo otra vez al Imperio. Es el único lado vulnerable del Brasil. Es difícil si no im-

posible reprimir las hostilidades recíprocas y obstar a la mutua impunidad de los habitantes malhechores de una y otra frontera. *Es el límite natural del Imperio*. Es, en fin, el medio eficaz de remover y prevenir ulteriores discordias entre el Brasil y los estados del sur. Y, en caso que la Francia y la Inglaterra se opongan a esta reunión al Brasil, *V. E. insistirá por medio de razones de conveniencia política que son obvias*, en que el Estado Oriental se conserve independiente, constituido en gran Ducado o Principado, de suerte que de *modo alguno* vaya a formar parte de la Monarquía argentina".

Es llano pues, que ni don Juan VI, ni don Pedro I, ni el actual monarca del Brasil bajo cuyo gobierno se expidieron las instrucciones que acaban de citarse, pudieron ver nunca con gusto que este país dejara de pertenecerles. Desde que le consideraban como el *límite natural* del Imperio, mal podían desprenderse de ese límite. Desde que le reputaban el *único lado vulnerable del Brasil*, mal podían dejar ese lado vulnerable en descubierto. Si don Pedro I cedió en último resultado a que este país se organizara independientemente, fué después de haber agotado todos los medios de resistencia, después de haberse puesto él mismo a la cabeza de sus ejércitos en Río Grande, después de haber contemplado sus barcos destruidos y sus tesoros agotados. No fué él, pues, quien nos *impuso* la independencia, sino que fuimos nosotros quienes se la impusimos a él.

¿Qué decir de don Manuel Dorrego, representante de la política argentina y gobernador de Buenos Aires, a la fecha del Tratado Preliminar de Paz? Todos conocen la vida de Dorrego: él fué uno de los jefes que entraron a nuestro territorio con Alvear y

Soler para radicar el dominio argentino, y él fué precisamente el jefe vencido en Guayabos. La historia ha recogido las palabras de Dorrego estampadas en el diario que él dirigía en 1829, al día siguiente de conocerse en Buenos Aires la noticia de la victoria de Ituzaingó. Oigamos esas palabras que son la profesión de fe y el programa político de un jefe de partido y de un candidato al gobierno de su país: "Honor y gratitud a los generales, oficialidad y tropa del benemérito ejército de operaciones. Su intrepidez y pericia han sido coronadas con la brillante acción contenida en el documento que precede. *El Tribuno* reputa la victoria de Ituzaingó, de una suma importancia, no sólo por que ella arranca la presa de manos de un usurpador, haciéndole conocer *que nuestra República tiene unos límites demarcados y reconocidos, y en los que debe fijarse esta inscripción HASTA AQUÍ Y NO MÁS*; sino también porque resuelve el problema de que *nos era imposible la reocupación de la Provincia Oriental*, y los que clasificaron de criminales a los treinta y tres héroes que dieron principio a la lucha en que nos hallamos envueltos, deben ser reputados o por cobardes imbéciles o por enemigos del honor argentino. En igual punto de vista coloca *El Tribuno* a los que tal vez en estos días opinaban por *una transacción ignominiosa y degradante*, que debía tener por base la *pérdida o segregación de la Provincia Oriental*". He aquí como pensaba Dorrego, el día antes de subir al poder.

Y no paró ciertamente en esto, el impulso de la idea dominante en su ánimo, con respecto a la anexión de nuestro país. Luego de hallarse investido con el gobierno, elevó a la Legislatura el célebre Mensaje de 14 de setiembre de 1827, en el cual

hacia en ásperos conceptos la recapitulación histórica de los actos de Rivadavia. Al llegar a la parte relativa a la guerra con el Brasil, el gobernante porteño censuraba expresamente la conducta del general Alvear, jefe de las tropas argentinas en nuestro territorio; "POR NO HABER APROVECHADO MEJOR LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VICTORIA", y también "por haber destruído con demasiada impericia los inmensos depósitos agarrados al enemigo". Se ve pues, que tampoco resulta probado ni podrá probarse jamás, que Dorrego nos *impuso* la independencia. No podía él traicionar los intereses de su país, ni los suyos propios, concurriendo a desmembrar a la República Argentina de un trozo de tierra que aquella nación consideró siempre como complemento necesario a su influencia moral y material en la América. A semejanza de Don Pedro I, no fué Dorrego quien nos *impuso* la independencia, sino que fuimos nosotros quienes se la impusimos a él.

En la revolución de 1825, la idea dominante por parte del Brasil fué la de sostener a todo trance el dominio del territorio uruguayo; mientras que por parte de la República Argentina la idea dominante fué reivindicar a todo trance la dominación de este territorio. Tan evidente es esto, que basta echar una ojeada sobre los documentos de la época, para adquirir absoluta seguridad de la fijeza del plan tramado por ambas naciones contendientes. Y puede el sentido común discurrir sin auxilio de documento alguno, que no habían de lanzarse a lucha tan desesperada y en momentos tan graves dos naciones, por el placer de *imponerle* la independencia a una tercera. Era cuestión de dominio continental, de preponderancia militar, de organización definitiva lo que el Brasil y la

República Argentina perseguían, y si fallaron sus cálculos fué porque no conocían o afectaban desconocer la tendencia irresistible que había forzado y forzará siempre al pueblo uruguayo a conservar y defender su independencia.

Así fué que cuando Rivera apareció nuevamente en la escena, sublevando al pueblo y deslumbrando a todos con sus victorias, sintiéronse sobrecogidos de terror los dos rivales que aspiraban a dominarnos. Comenzaron las intrigas contra aquel caudillo, luego se pasó a la persecución, más tarde se tentaron los ofrecimientos y las dádivas: pero todo fué en vano, porque Rivera tenía la conciencia de su fuerza en aquel momento, o por mejor decir, él era la fuerza de la revolución. Representaba al pueblo llano, al pueblo que lucha y muere sin quejarse, que no pide más que un jefe que lo guíe, conformándose con la oscuridad y la victoria. Y tan cierto es que Rivera reasumía en su persona el pensamiento y la fuerza popular, que ni el prestigio de Lavalleja, jefe de los Treinta y Tres, ni los esfuerzos de Alvear vencedor y rodeado de tropas aguerridas, pudieron contener los progresos del caudillo, ni impedir su triunfo.

Entonces vino la paz, y Rivera habló como dueño. Al acusar recibo a la nota en que se la comunicaban, escribió desde su cuartel general de Itú las siguientes palabras memorables al Gobierno Provisorio de la República: "Excmo. señor. El ejército del Norte formando un ángulo de la Provincia Oriental, por la unión voluntaria de sus habitantes, y guiado por uno de los más antiguos de sus soldados al centro de las Misiones Orientales, enarboló en él la bandera de la República, por cuyos medios forzó al enemigo a multiplicar y dividir sus fuerzas, ya debilita-

das por los triunfos del Rincón, del Sarandí y de Ituzaingó, y para mantenerla invadió el continente colateral con la probabilidad de extender los triunfos de las armas de la República más allá de San Pablo y aun de Santa Catalina. En este estado el gobierno de la República de las Provincias Unidas mandó plenipotenciarios a Río de Janeiro, y ajustó los preliminares de una paz que restaura las ahora conquistadas Misiones al Imperio del Brasil; *pero que desata la Provincia Oriental de las Provincias Unidas, asegurando su absoluta independencia*, con lo cual echa el primer paso fundamental a sus altos destinos. La soberanía oriental forma la base de ese tratado, y éste era el único objeto del origen de la invasión de las Misiones. Por consiguiente, la guerra ha cesado para el ejército del Norte, etc."

Rivera manifestaba en este oficio, con toda claridad, el espíritu de que estaba poseído y las sugerencias populares a que obedeciera en su última campaña militar. La comunicación escrita al Gobierno Provisorio desde Itú, es el programa de la revolución. No hay reticencias de estilo, ni misterios de forma en las declaraciones del caudillo. El ejército del Norte había desenvainado su espada *"para desatar la Provincia Oriental de las Provincias Unidas"*, y ahora que la absoluta independencia de la Provincia Oriental estaba asegurada, aquel ejército volvía la espada a la vaina. *"La soberanía oriental había sido el único objeto del origen de la invasión a las Misiones"*. Esto es rotundamente claro. Ni podía esperarse otra cosa del hombre que asumiera la personería de la revolución; porque no se comprenden las revoluciones sobre procedimientos ambiguos, ni las declaraciones fundamentales en términos medios.

Sin embargo, don Juan Carlos Gómez, llamaba políticos de tres al cuarto y patriotas *lame-platos* a los sostenedores de la independencia nacional; y se atrevía a decir que el Estado Oriental "no creó ni aceptó su independencia por acto alguno de propia soberanía, o de propia voluntad". Esto rebasa el colmo del atolondramiento. ¿No es un acto de propia y muy legítima soberanía, la declaración de la Asamblea de la Florida, decretando írritos, nulos y de ningún valor los lazos de incorporación que nos ligaban a los intrusos poderes de Portugal y el Brasil? ¿No es un acto de soberanía el oficio del general en jefe del ejército del Norte, declarando a nombre del pueblo armado, que la Provincia Oriental recuperaba su absoluta independencia y quedaba desatada de las Provincias Unidas del Río de la Plata? ¿No es un acto de soberanía indiscutible e inalienable la declaración expresa de los artículos 2º y 3º de la Constitución de la República, que dicen: *"el Estado Oriental es y será siempre libre e independiente de todo poder extranjero. — jamás será el patrimonio de persona ni de familia alguna"*?

Ninguna de estas razones convencían a don Juan Carlos, decidido a conseguir el triunfo del plan de don Juan Manuel, su mentor en la patraña de la anexión. Revolviendo papeles, dió con una segunda acta de la Asamblea de la Florida, en la cual, declarada ya la independencia, se proclamó la incorporación de este país a la República Argentina, por motivos que todos conocen. Aquí fué Troya: don Juan Carlos se alzó triunfante con su descubrimiento, y emprendió un verdadero alegato de leguleyo. "¿Cómo conciliaís vuestra declaratoria de independencia, con la declaración inmediata de incorporación a la Repú-

blica Argentina; —preguntaba—, si en este conflicto de leyes que se contradicen, la segunda deroga forzosamente a la primera? Si el 25 de Agosto de 1825 os declarásteis independientes por una acta, y en seguida os incorporásteis a los argentinos por otra acta; borrásteis con la segunda disposición lo que habíais escrito en la primera”. De suyo estaban contestadas estas majaderías, con exhibir a la República independiente, libre y constituida, a pesar de todas las actas opuestas a ello que pudieran haberse escrito en el curso de la revolución de 1825. No es argumento, ni ha podido serlo nunca contra la independencia actual de un país, las declaraciones anteriores, verbales o escritas, de asambleas o de caudillos, que puedan haber afectado esa independencia por cualquier circunstancia. La doctrina universal y corriente estatuye, que constituida libremente una nación y reconocida como tal, todo acto anterior que desdiga ese hecho, resulta nulo. Pero la segunda acta de 1825 tiene una explicación perentoria, y éste es el caso de recordarla.

Cuando se produjo la invasión de Lavalleja al territorio uruguayo, los estados cuyo interés político hería de distintas maneras aquella invasión, se encontraban en preponderancia señalada. Regía el Imperio del Brasil don Pedro I, soberano originario y descendiente de aquella ilustre casa de Braganza, a quien Portugal debe su libertad e independencia, y en cuyo vástago el Brasil, transformado ya en nación, había depositado las riendas del gobierno. Era don Pedro, de condición política muy sagaz, y los sucesos le acreditaron más tarde con aplauso de gran soldado. Había hecho prácticas durante un gobierno breve las más acentuadas aspiraciones de la mayoría de su país adoptivo, promoviendo la ratificación por la metró-

poli de la independencia brasileña, dando una Constitución al Imperio, sofocando la revolución republicana, y realizando el dorado sueño de incorporar a sus estados todo el territorio uruguayo, profundo y permanente objeto de los hombres políticos portugueses y de sus sucesores.

Por su parte la República Argentina, aunque menos habilitada que su rival para calzar el coturno de las naciones fuertes, presentaba sin embargo, por sus recuerdos militares, sus recientes tratados de pacificación con el extranjero y sus tentativas de organización gubernativa, una fuerza moral muy ponderable. Había guerreado victoriosamente contra la España y ahora entraba en tratos con ella para solidificar las relaciones rotas con motivo de la separación originada por la independencia. Además, los brillantes triunfos de Bolívar y Sucre en Junín y Ayacucho, ponían fin al dominio español en América, robusteciendo de paso la acción del gobierno argentino, sea para negociar, sea para organizarse. Por último, un hombre político muy sonado, don Bernardino Rivadavia, dirigía los negocios de su país desde el Ministerio, y se dejaba sentir ya, que muy pronto los dirigiría desde posición más elevada.

En estas circunstancias, pisó Lavalleja el Arenal Grande. No acompañaban al caudillo uruguayo más que treinta y dos compañeros, señal inequívoca de la escasez de sus recursos. Ningún apoyo exterior daba a su empresa colorido de éxito. Todo cuanto se hiciera anteriormente para independizar al Uruguay, había fracasado del modo más desconsolador. Una misión enviada ante Bolívar por ciudadanos de Montevideo, recibió la simulada repulsa de entenderse con el gobernador de Córdoba! —Una revolución produ-

cida por el coronel Bauzá en Buenos Aires, a fin de colocar un gobierno simpático a los uruguayos, dió por resultado la aprehensión de aquel jefe y su entrega a los portugueses! — Una tentativa de negociación de don Santiago Vázquez para aprovechar la disidencia momentánea de Portugal y el Brasil, salvando siquiera nuestra autonomía de provincia argentina, sucumbió al iniciarse! — Lavalleja pisaba el suelo de la Patria, abandonado a su fortuna, contando con posibilidades aleatorias, empeñado a semejanza de Trasíbulo en una facción que no tenía otra salida lógica que el desastre, otra excusa que la desesperación, otra recompensa probable que la muerte.

Bajo tales auspicios comenzó la esforzada contienda de los Treinta y Tres, que debía devolvernos nuestra independencia nacional perdida, dignificándonos con la fundación de instituciones republicanas. Dios había querido que los sufrimientos de un pueblo honrado, generoso, varonil y sobrio, no se esterilizaran por el capricho de los hombres; y que la constancia y las virtudes desplegadas en tantos años de combates, encontraran al fin la recompensa que merecen el patriotismo transmitido de generación en generación, y el sacrificio aceptado sin réplica por los herederos de un infortunio de tres siglos.

Comenzó la lucha. ¿Cuáles eran los elementos del Brasil en el Uruguay? 12.000 hombres en las fronteras de la Provincia de Río Grande; 5.000 en Montevideo; 1.000 en la Colonia; 1.000 en Maldonado y Gorriti; 500 en las islas de Lobos. — Total, 19.500 soldados veteranos de todas armas, y el dominio exclusivo del país. — Contra esta masa de elementos organizados debía luchar en primer término Lavalleja, que no tenía consigo más que un puñado

de compañeros, sin otra fuerza moral que su heroísmo, ni otros recursos materiales que unas cuantas cañas *tacuaras* con cuchillos en la punta.

Pero había en segundo término otro obstáculo, que disminuía la poca fuerza moral de los Treinta y Tres. — El gobierno argentino se mostraba contrario a la empresa, ostentando conducta muy parecida a la que ostentara en 1817 cuando los portugueses concluyeron con Artigas. — Interpelado por el agente brasilero en Buenos Aires, respecto a la expedición de Lavalleja, contestó lo siguiente: "Buenos Aires, Mayo 2 de 1825. — El Ministro que suscribe, habiendo puesto en la consideración de su Gobierno la nota que el señor Cónsul del Estado del Brasil le ha dirigido con fecha de 30 de Abril último, pidiéndole explicaciones con respecto a la empresa que refiere de algunos emigrados de Montevideo, asilados en esta plaza, se halla encargado por su gobierno de decir en contestación a dicho señor Cónsul, que puede continuar desempeñando sus funciones en esta ciudad, bajo el seguro concepto de que *"el gobierno cumplirá lealmente con todas las obligaciones que reconoce"*, mientras permanezca en paz y buena armonía con el gobierno de S. M. I.: debiendo agregar el que suscribe con relación a la *tentativa* que anuncia el señor Cónsul, *que no está ni puede estar en los principios bastantemente acreditados de este gobierno, el adoptar en ningún caso medios innobles, ni menos fomentar empresas que no sean dignas de un gobierno regular.* — El Ministro que suscribe saluda al señor Cónsul con su acostumbrada consideración. — Manuel José García — Señor Cónsul del Brasil, etc."

Es evidente, pues, que Lavalleja entraba a la lucha, chocando de frente con la hostilidad militar

y política del Imperio del Brasil, y con la desconfianza fría y acentuada del gobierno argentino. Por más que el caudillo uruguayo se propiciase la alianza de Rivera, decidiendo con ella el pronunciamiento pleno de los elementos nacionales, esto no le quitaba de encima la enemistad de dos naciones poderosas que acechaban sus pasos para aprovechar el primero de sus desastres. De ahí que Lavalleja se viera en la necesidad de transar con las circunstancias, convocando una Asamblea en la Florida, que declaró a la Banda Oriental del Uruguay independiente del Brasil e incorporada a la Confederación Argentina. Se ha dicho sin embargo, que esta Asamblea fué traidora a su misión, y comprometió los intereses que le estaban confiados. Así se juzgan los actos de los hombres, y se perpetúan las ingratitudes de los pueblos!

La Asamblea de la Florida procedió con la grandeza de un patriotismo sin tacha, y con las vistas profundas de una política elevada. Encontró delante de sí una nación poderosa que le era hostil, y otra nación pujante que iba a serlo. No tenía en su apoyo al instalarse, otros recursos que una fuerza moral de dudosos quilates, y una fuerza material que sumaba ochocientos *gauchos*. Colocada en situación tan ardua, rompió de frente con el Brasil que era el enemigo más terrible, y trató de comprometer en su favor a la República Argentina, presentándole las probabilidades de un engrandecimiento territorial. Esta política surtió todo el efecto deseado, luego de saberse en Buenos Aires que habíamos ganado las batallas del Rincón y Sarandí. Aturdidos los argentinos por una promesa que parecía tener propicia a la victoria, admitieron en el Congreso a don Javier Gomensoro, Representante del Uruguay, resolviendo

desde luego su intromisión en nuestros asuntos y su hostilidad contra el Brasil. — Tal fué la historia de los trabajos de la Asamblea de la Florida.

La entrada de los argentinos a la contienda, determinó una nueva faz de la cuestión. Ellos se habían presentado venciendo en Ituzaingó, y ahora hablaban como dueños en los consejos de la diplomacia. Hacíaseles poco llevadero el perder una Provincia que consideraban como suya desde abolengo, y no se avenían a ninguna negociación que no complementase su triunfo. Por su parte los brasileños, pecaban por iguales inquietudes, y consideraban con razón que era un asunto de preponderancia para su país y de corona para su soberano, el perder o ganar el territorio del Uruguay. Comenzáronse pues, aquellas largas negociaciones en que cada uno de los dos rivales pretendía engañarse, ora proponiendo que este país fuera un gran Ducado, ora que fuese una Provincia federalizada, o en último caso que se neutralizara por cinco años. Todo esto no hizo más que embrollar la situación poniendo de manifiesto que ninguno quería abandonar la tierra donde había sentado sus reales; pero demostrando también que tanto un rival como el otro eran impotentes para imponer su voluntad si el pueblo, dueño de la tierra en disputa, no les ayudaba. La anarquía se pronunció en toda la línea.

Entonces tocó al pueblo uruguayo decir la última palabra. De entre los escombros de tanta ruina, se levantó sañudo el verdadero partido de la revolución, hizo a un lado a los contendientes extranjeros, y tremoló impávido el estandarte de la independencia. Rivera escapado providencialmente a las órdenes de prisión del gobierno de Buenos Aires y a los fo-

gonazos de los soldados de Oribe, invadió y conquistó las Misiones, levantó un ejército, apoyó al gobierno nacional instalado en la Florida, y se presentó como la expresión característica de nuestros deseos y de nuestras esperanzas. Desde aquel momento, todo quedó concluido, llevando cada uno en lote los designios de la suerte: nosotros, la independencia; D. Pedro de Braganza, la proscripción; Buenos Aires, la tiranía de Rosas. — El drama había tocado a su término.

Tales son los antecedentes históricos que don Juan Carlos Gómez negaba al defender su proyecto anexionista; y ya ha podido apreciarse la táctica empleada por él contra los que pretendían recordárselos. Una parte de la prensa de Buenos Aires, al comenzar esa propaganda subversiva, dió en apoyarla; pero a la larga, los órganos serios de opinión repudiaron como quimeras de un visionario las especulaciones políticas del viejo soñador. Entonces Gómez, fastidiado de todo y de todos, se retiró de la política activa, en cuyo campo acababa por otra parte de recibir un duro revés, con el fiasco de la candidatura presidencial de Sarmiento, que tuvo el mal tino de patrocinar. De su retiro le sacó la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, confiándole en 1884 la cátedra de Filosofía del Derecho, que apenas regentó unos días, muriendo en mayo de ese mismo año.

Sus partidarios levantaron la voz en todos los tonos, para decir que había caído el hombre más austero, más patriota y más capaz que produjera nunca el país. Los hechos capitales de su vida, que a grandes rasgos acabamos de narrar, comprobarán hasta donde pueda admitirse semejante juicio.

Contrayéndonos ahora al literato, creemos que su muerte mató la escuela romántica uruguaya. No nos aflige que esa escuela desaparezca; antes lo reputamos un bien que un mal. Demasiado ligera para enseñar nada provechoso; llorona hasta hacerse incómoda en un país donde cada cual tiene hartas penalidades propias para cargar todavía con las mentidas quejumbres ajenas, la escuela romántica ha falseado el criterio público con sus exageraciones y lamentos, dañándonos más allá de lo que vulgarmente se piensa. Es hora de reaccionar contra ese desvarío, fundando una literatura nuestra.

Emprendamos la obra de regeneración, con firme continente y animoso espíritu. Podemos mirar para atrás sin avergonzarnos: nuestra Revolución es la historia de los héroes y de los mártires; nunca de los opresores, jamás de los tiranos. Sigámosla en la literatura como en la política, pero sigámosla con fe. Sigámosla en nombre de los grandes principios que ella proclamó, y de la dignidad de los hombres libres que ella salvó incólume. Sigámosla en nombre de los millares de ciudadanos que se sacrificaron en su servicio, desde el indio oscuro cuya memoria no se conserva, hasta el prócer encumbrado que la selló con su destierro. Sigámosla como testimonio publicado ante el mundo, de que fuimos dignos de tener padres apasionados de la libertad, y de que seremos bastante fieles para no dejar apagar en nuestro pecho su santa llama.